

Buscando las fuentes de la sabiduría para regar nuestras vidas

ESPIRITUALIDAD FEMINISTA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN¹

GERALDINA CÉSPEDES, OP

0. Introducción

Búsqueda, fuentes, sabiduría, florecimiento son los elementos que destacan en el lema elegido para el encuentro de Mujeres y Teología este año. Quiero introducir esta reflexión retomando este lema que me parece puede considerarse una metáfora sugestiva acerca de cómo podríamos entender la espiritualidad feminista en el contexto actual. Para mí, este lema es una especie de confesión del momento que vivimos las mujeres y de lo que queremos en este encuentro. A la pregunta de en qué estamos nosotras, podemos responder diciendo que estamos aquí *“Buscando las fuentes de la sabiduría para regar nuestras vidas”*.

Ante todo nos confesamos buscadoras, mujeres dispuestas a no estancarnos sino a mantenernos en constante dinamismo, en un movimiento semejante al de las aguas primordiales sobre las que aletea el Espíritu y de donde surge la vida. Esta actitud de búsqueda supone admitir que aún no hemos llegado ni hemos conseguido lo que anhelamos como mujeres, sino que estamos en ello, reconociéndonos como personas en camino y con una actitud de apertura como una de las puertas por donde comienza la sabiduría. Como nos dice Joan Chittister, *“la apertura es la puerta por la que entra la sabiduría y comienza la contemplación”*². Queremos seguir manteniendo abiertas las puertas de nuestra vida para que entre una sabiduría nueva que haga florecer nuestras vidas. Y aquí estamos porque en estos tiempos en los que unos pocos acumulan y privatizan, nosotras no queremos acumular saberes ni privatizar experiencias, sino compartir sabidu-

rias, procurar que no se interrumpa el flujo de la vida.

Nuestra búsqueda es una búsqueda de fuentes, de aquello que nos puede nutrir y sustentar, de aquello que puede saciar nuestra sed. Se trata de fuentes en movimientos y no de depósitos estancados. Queremos apelar a nuestro hondón, a lo que está a la raíz de nuestras opciones, sueños y convicciones, a lo que sostiene y motiva nuestra esperanza. Esta época de crisis y profundas transformaciones exige de nosotras fortalecer esas raíces que nutren nuestra vida, aquello que nada ni nadie puede destruir como nos dice la sabiduría de los indígenas mayas en el Popol Vuh, su libro sagrado: *“Arrancaron nuestros frutos. Cortaron nuestras ramas. Quemaron nuestros troncos, pero nunca lograron matar nuestras raíces”*. Lo que buscamos aquí es hacer fuerte nuestra espiritualidad como esa raíz escondida de cuya savia bebemos y vivimos, esa raíz que nada ni nadie puede matar.

Otro elemento importante del lema de este encuentro es la concepción de la espiritualidad como Sabiduría. Precisamente una de las características de la teología feminista de las dos últimas décadas ha sido el redescubrir y recrear las soterradas y olvidadas tradiciones de la sabiduría³, planteando la espiritualidad feminista desde una perspectiva sapiencial. Desde nuestra sapiencialidad muchas mujeres estamos fortaleciendo nuestra interioridad y articulando la lucha por la liberación. Esa sabiduría no está encerrada en los lugares sagrados dominados por las instituciones patriarcales, sino que se mueve libremente como la *Ruah* que sopla donde quiere y como quiere, que

habita en medio de la gente sosteniendo los sueños de que otro mundo es posible.

Y finalmente, afirmamos que la búsqueda de esas fuentes de la sabiduría tiene un objetivo ligado a la justicia global: se trata de regar nuestras vidas, de hacerlas florecer, de hacer brotar el gozo y la esperanza. Esto implica levantar un cuestionamiento y una crítica frente a aquellas formas de espiritualidad que han impedido el florecimiento pleno de las mujeres. Supone des-ensmascarar y rechazar aquellas formas de espiritualidad que en vez de ayudarnos a florecer han marchitado y mutilado nuestras vidas.

1. La comercialización de nuestra sed

Hoy más que nunca estamos experimentando con mayor fuerza nuestra condición de personas sedientas. El nombre más común y quizá el más apropiado para hablar de esa sed es el de búsqueda espiritual. Espiritualidad es una palabra que hoy ha vuelto y que, se podría decir, está de moda. Esa vuelta revela que tenemos sed, aunque muchas veces nos cuesta identificar claramente de qué estamos sedientas y por eso muchas veces deambulamos o emprendemos peregrinaciones hacia los más variados lugares y experiencias que creemos pueden calmar nuestra sed.

Tenemos que ejercitar nuestra capacidad de identificar y nombrar nuestra sed, nuestros anhelos. En este sentido Doroteé Sölle, plantea la necesidad de articular la hermenéutica de la sospecha y la hermenéutica del hambre (aquí diríamos también la hermenéutica de la sed). Ella considera que, si bien la hermenéutica de la sospecha es necesaria y ha llegado a ser un lugar común desde el punto de vista de una conciencia crítica, para comprender los elementos místicos que están presentes en toda religión es necesario ir más allá de esta hermenéutica de la sospecha. La hermenéutica del hambre de la que habla esta autora se pregunta no sólo cuál es la política del sistema religioso para ejercer su dominio, sino también qué es lo que buscamos en nuestro clamor por una espiritualidad diferente, es decir, de qué tenemos hambre y sed. En el evangelio está claro que el proyecto de felicidad que Jesús nos ofrece tiene que ver con tener hambre y sed: "*Dichosas las que tienen hambre y sed de justicia*" (Cfr. Mt 5, 6).

Tenemos que mirar las circunstancias en las que se da esta vuelta a la espiritualidad porque ese macro contexto que es la globalización neoliberal busca hacer negocio con la espiritualidad. El *Wall Street Journal*, la Biblia de la religión del mercado como la llama Ignacio Ramonet, ha señalado que la espiritualidad y la búsqueda de sentido son negocios que mueven miles de millones de dólares. Las principales compañías del mundo están prestando atención al poder de la espiritualidad como un instrumento para inculcar a sus empleados los objetivos comerciales de la empresa y hacer todo lo posible para que esta sobresalga en el mercado global⁵. O sea, la espiritualidad se ha convertido en negocio rentable.

Desgraciadamente, el sistema capitalista patriarcal, la sociedad de consumo, busca sacar beneficios a través de la comercialización de nuestra sed. Esto lo podemos ver no solamente en la avalancha de mensajes espirituales, en la gran producción de libros de autoayuda o en las múltiples ofertas de felicidad y de cómo llenar nuestros vacíos e insatisfacciones personales, sino también a nivel colectivo en lo que podemos llamar la comercialización de los bienes simbólicos de nuestros pueblos, es decir, un intento de despojarnos de lo máspreciado, de los recursos espirituales, de los símbolos y las fuentes de resistencia de nuestros pueblos. Se está dando una verdadera depredación de las culturas de los pueblos y una apropiación de su sabiduría milenaria, una violación de sus secretos. No sólo se está dando la piratería biológica, sino también la piratería y el expolio de los recursos espirituales y los conocimientos ancestrales de los pueblos indígenas.

Frente a este panorama tenemos que reconocer que nuestra espiritualidad está hoy día desafiada a entablar un diálogo profético liberador con la religión mundial más excluyente y deshumanizadora: la religión del mercado. El mercado global aparece hoy día como la gran instancia que ordena la vida de la gente, que ofrece bienestar y felicidad, que da seguridad y que incluso ofrece un sentido de trascendencia. La lógica de la globalización neoliberal pretende convertir todo en mercancía. Así la sexualidad, la lucha ecológica, la espiritualidad, el deporte, el arte, se han convertido en bienes de consumo.



En estas circunstancias, hay que decir que la espiritualidad hoy día puede ser lo más peligroso y alienante, lo que nos puede adormecer, pero también la espiritualidad puede ser hoy lo más subversivo y lo más contracultural. Lógicamente estamos hablando de dos formas distintas de espiritualidad: una espiritualidad que da sustento al orden jerárquico-patriarcal del capitalismo neoliberal, frente a una espiritualidad situada, encarnada, que parte de la realidad y que descubre a Dios presente en las llagas de nuestra historia.

Hay una espiritualidad que marchita a las mujeres, que nos empobrece y nos impide crecer, que alimenta la violencia y la sumisión. Pero hay una espiritualidad que nos empodera y nos hace vivir como resucitadas dentro de esta historia. Una espiritualidad que nos invita a salir de los lugares habituales donde hemos sido colocadas y peregrinar en busca de aquella tierra que mana leche y miel, aquellos terrenos en los que podemos florecer, dar frutos y comer y compartir esos frutos. Vivir como resucitadas dentro de la historia es vivir con gozo y esperanza en medio de los horrores de la historia,

como lo hace tanta gente que se resiste a dejarse despojar de su dignidad, de la alegría y del buen humor.

Ante un sistema que intenta matar nuestra capacidad de soñar y esperar, la espiritualidad feminista ha de ser una espiritualidad de esperanza, de alimentar nuestros sueños y de resistencia. Tenemos que fortalecer una espiritualidad que recree nuestra vida, que dé fuerza y alimente nuestro caminar como mujeres, que inspire nuestras organizaciones y nuestras luchas. Vivir la espiritualidad como resistencia y despliegue de nuestra capacidad creativa. Una espiritualidad que tiene mucho que ver con nuestra capacidad de asombro y de vivir con entusiasmo, aún en medio de situaciones difíciles. Resistirnos ante las fuerzas que intentan apagar nuestra llama y sumirnos en la amargura y el pesimismo. Muchas veces yo me digo: "no voy a permitir que me amargue la vida". Creo que es una forma de resistencia y de mantener la esperanza y el gozo, pero sobre todo una expresión de un compromiso para que no nos amarguen la vida a las mujeres.

2. Identificando las fuentes envenenadas

La comercialización de la espiritualidad no es el único problema con el que nos enfrentamos a la hora de plantear una espiritualidad feminista. Quizá el problema más hondo que tenemos que encarar es el de las mismas fuentes. ¿De qué fuentes podemos beber? ¿Dónde están esas fuentes? ¿Cómo ir hasta ellas?

Hay fuentes que en su origen han sido buenas, pero han sido envenenadas. Quizá el daño más grande que se puede hacer a un pueblo, a un colectivo es el del envenenamiento de sus fuentes de agua. La crueldad de las guerras y del exterminio de grupos se manifiesta en la contaminación de las fuentes de agua o en la lucha por el control de las fuentes hídricas. Así lo vemos desde los tiempos bíblicos (tal como nos relata el libro de Judit) hasta nuestra historia reciente. Quien controla las fuentes, controla tu vida. Tenemos que luchar contra la privatización de las fuentes, desafiando a quienes se han constituido en dueños y guardianes de las fuentes, demostrando que el agua la queremos sacar nosotras y la queremos sacar con nuestros propios cántaros.

La mentalidad patriarcal ha penetrado la espiritualidad y por eso hace falta emprender un proceso de desintoxicación y de sanación de las mismas fuentes. Lo primero que hay que desintoxicar es la misma palabra espiritualidad, pues ésta arrastra una fuerte carga de dualismo que se manifiesta en la separación entre lo sagrado y lo profano, la huida de la realidad, el rechazo al cuerpo, al placer, a lo material, etc. Del significado original de la palabra espiritualidad que se comienza a usar en el siglo V para referirse a una vida bajo los impulsos del Espíritu, una vida en la cual la *Ruah* se mueve libremente, a lo largo de los siglos nos hemos quedado más con la forma distorsionada en que se comprendió la espiritualidad en la Edad Media, cuando se usa el término espiritualidad para señalar una división entre espíritu y materia. Aunque a partir del concilio Vaticano II se dio un cambio en la concepción de la espiritualidad, en el inconsciente colectivo aún persiste una visión dualista y por eso hay que desintoxicar la palabra espiritualidad.

En estos tiempos en que crece el interés por la espiritualidad como un vivir en una nebulosa místico-esotérica, tenemos que estar con los

ojos abiertos, ya que sutilmente se nos pueden infiltrar elementos de una espiritualidad *light* que dulcifica y apacigua nuestro espíritu y nos hace vivir fuera de la realidad, o de una espiritualidad *hard* (dura) que aparece hoy día en las múltiples formas de fundamentalismo y dogmatismo que está resurgiendo en algunas instituciones socio-políticas y religiosas. La espiritualidad feminista pretende alejarse de una espiritualidad *light* o *hard*⁶ (desencarnada y fundamentalista), pues en vez de huir de la realidad, busca sumergirse en ella y transformarla, y en vez de asentarse en posturas rígidas es una sabiduría que brota de una fuente, de lo líquido, como símbolo de la no rigidez porque la espiritualidad está ligada a la flexibilidad, a la apertura y a la libertad. Ante el crecimiento de un misticismo desencarnado y alejado de la realidad, tenemos que vivir una mística del seguimiento de Jesús que nos lleva al compromiso con la historia de las y los más pobres, contemplando el paso de Dios en los acontecimientos y en los procesos que vivimos a nivel personal y colectivo.

3. Hacia una espiritualidad saludable

Ante la violencia, el feminicidio, las violaciones, los cuerpos rotos, ¿qué espiritualidad cultivamos? ¿Qué espiritualidad empuja nuestra lucha por la justicia para las mujeres? ¿Cómo cuidar que no se desequen aquellas fuentes de donde sentimos que nos viene la vida, la energía para seguir luchando y soñando?

Si tuviéramos que dar un nombre al tipo de espiritualidad que necesitamos vivir en nuestro mundo y especialmente las mujeres, yo la llamaría una espiritualidad saludable. Hay elementos de una espiritualidad tradicional que nos hacen daño, que nos marchitan en vez de ayudarnos a crecer. Por eso necesitamos una espiritualidad que sane nuestras heridas, que sane las relaciones de injusticia entre los humanos y de éstos con la creación y con Dios. Hablar de una espiritualidad saludable es recordar que hay un poder en nosotras que es capaz de despertarnos, curarnos, liberarnos y transformar nuestra realidad. Una espiritualidad saludable nos hace crecer desde dentro, nos ayuda a curar las heridas que nos han ido dejando la violencia patriarcal y la violencia de este sistema en que vivimos. Necesitamos cultivar nuestras raíces, cuidar la profundidad de nuestra vida yendo a ese lugar de donde brota el agua, acogiendo

la invitación que nos hacen los textos sapienciales: “*Por encima de todo cuida tu corazón porque de él brotan todas las fuentes de la vida*” (Prov. 4, 23).

Para encaminarnos hacia una espiritualidad saludable tenemos que recorrer distintas etapas. La primera de ellas consiste en reconocer que nosotras mismas hemos bebido de fuentes envenenadas, contaminadas de patriarcado y androcentrismo que nos producen un malestar interior. Después tenemos que emprender el proceso de desintoxicación, ayudándonos mutuamente en el proceso de irnos curando. También tenemos que ser audaces para descubrir otras fuentes que estaban quizá escondidas o fuera de nuestras fronteras. En este proceso de descontaminación hay que señalar tres aspectos a tomar en cuenta:

3.1. *Sanar la imagen de Dios*

Esto significa no sólo abandonar la imagen del Dios del patriarcado, sino también otras imágenes que son dañinas para los seres humanos y para la supervivencia del cosmos.

Dentro de ellas, la imagen de Dios como poder es una de las imágenes que ha resultado ser más dañina y que refleja una mentalidad patriarcal en nuestra relación con la divinidad. El poder de Dios se ha entendido como dominio y de ahí hemos justificado relaciones de dominio sobre otras personas, otros pueblos y culturas y sobre la naturaleza. Es necesario repensar de qué manera hay que entender el poder de Dios, tomando en cuenta que el “Gran poder de Dios” que nos manifestó Jesús tuvo otro estilo. Más bien podríamos decir que Jesús lo que hizo fue vaciarse de un tipo de poder que es propio de los sistemas despóticos. En vez de ejercer el poder como dominación, lo que Él hizo fue más bien empoderarnos y capacitarnos para transformar la realidad. En los sistemas autoritarios el poder es un poder sobre los otros, mientras que el tipo de poder que surge a partir de la espiritualidad feminista es un tipo de poder que impulsa la autoridad del compañerismo y el poder “con” las otras, un poder basado en una relacionalidad circular e interdependiente. El compañerismo es una relación de confianza en Dios y en otras y otros, un compañerismo que se extiende a toda la creación y que lleva al ser humano a entenderse no como el dueño y dominador del universo, sino como el hermano

y la hermana mayor de toda la creación, consciente de que, como decía el jefe indio de Seattle “*el ser humano no tejió el tejido de la vida, sino que él es simplemente uno de sus hilos*”⁸.

Ante el ejercicio del poder como destrucción y como sometimiento, tenemos que abrirnos a una imagen de Dios que nos impulsa a desplegar el poder de crear y amar todo lo que existe, de ser amigas y amigos de la vida como Dios: “*Amas todo lo que existe, porque todas las cosas son tuyas, Señor amigo de la vida*” (Sab 11, 26).

Otro aspecto importante en este proceso de sanar nuestra imagen de Dios es liberarnos del Dios controlador, que se fija más en nuestros fallos que en nuestros logros. Esa es la imagen transmitida por una teología pesimista, que ha puesto mayor énfasis en la maldición original que en la bendición original. Esa teología pesimista atrofia nuestro espíritu y hace estériles nuestras vidas. Es bueno recordar que una de las cosas que nos queda clara cuando ahondamos en nuestra experiencia de fe es que Dios no es el aguafiestas de nuestra felicidad ni de nuestros sueños.

3.2. *Sanar la imagen del hombre y de la mujer y su relación con el cosmos*

La visión antropológica en que hemos crecido y en que nos hemos formado es uno de los elementos de los que nos tenemos que desintoxicar, pues se trata de una perspectiva antropocéntrica que coloca al ser humano varón como corona de la obra creadora. Desde esta mentalidad se justifica la explotación de la naturaleza y de los seres humanos. Como señala la teóloga coreana Chung Hyun Kung, necesitamos pasar del antropocentrismo a una actitud centrada en la vida, lo cual nos lleva a vivir la compasión ecológica como el principio espiritual de donde brota el respeto hacia todas las formas de vida del universo y lo que nos mueve a la lucha por la ecojusticia y la sostenibilidad.

No podemos hablar de una espiritualidad saludable si no desmontamos la idea de ser humano que subyace a nuestras expresiones espirituales. La cuestión del paradigma antropológico es de una importancia capital para la teología y la espiritualidad feminista. Los movimientos feministas han puesto de manifiesto

que las respuestas a nuestros problemas están directa o indirectamente condicionados por una determinada antropología. Por eso uno de los grandes desafíos de nuestra época consiste en comprender de nuevo al ser humano, de modo que lleguemos a suscitar relaciones humanas más justas entre las mujeres, entre hombres y mujeres y con el cosmos.

Nuestra espiritualidad ha estado contaminada por una antropología que sobrevalora la masculinidad, incluida la masculinidad de Cristo, y que ensalza el puesto del ser humano en el conjunto del cosmos desde una visión jerárquica y dualista.

La visión dicotómica de la antropología dualista conlleva el peligro de separar la experiencia de Dios en lo cotidiano y la reflexión teológica; separa la vida real concreta y su explicitación en el discurso teológico; separa las dimensiones de interioridad y exterioridad; opone la racionalidad a la emoción y al sentimiento, sin permitirles a éstos fecundar la inteligencia de la fe¹⁰.

La antropología dualista exagera las diferencias entre los seres humanos y especialmente entre hombres y mujeres. Como reacción a la antropología dualista, muchas feministas desarrollaron el modelo de la naturaleza individual en el que se resalta la semejanza básica entre los seres humanos. El peligro de esta visión antropológica es que puede olvidar la encarnación sexual, proponiendo un tipo de ideal humano en el que se destruiría la más genuina diversidad de los seres humanos. Por eso una espiritualidad feminista tiene que ir más allá de estos dos modelos.

Un modelo antropológico que nos podría servir de base para una espiritualidad feminista sería el que muchas feministas, entre ellas E. Johnson, denomina como una antropología holística o multipolar. En esta perspectiva la sexualidad es vista como un elemento que debe integrarse en una visión total del ser humano, en vez de convertirse en la piedra de toque de la identidad personal. Esta identidad personal viene determinada por otros factores que van más allá de la sexualidad. Hay otras dimensiones como la edad, la raza, período histórico, minusvalía corporal, extracción social y otros aspectos esenciales de la existencia histórica concreta que son tan importantes como el sexo para determinar la propia identidad¹¹.

Un aspecto importante es que desde esta perspectiva antropológica, las diferencias y la diversidad pueden ser reconocidas como una fuente creativa, en vez de levantarse como un obstáculo o una desventaja. Este modelo antropológico holístico permite comprender la red de relaciones que teje el conjunto de nuestra vida: la relación con la propia sexualidad y el cuerpo, la relación con la red ecológica, la relación con las personas significativas; la relación con las estructuras sociales, políticas y económicas; los condicionamientos históricos del lugar y del tiempo; nuestras utopías, nuestra capacidad de soñar y buscar alternativas.

La antropología holística o multipolar considera que lo que nos define a las personas no hay que alcanzarlo a través de la polaridad, la exclusión ni a través de la uniformidad, sino más bien a través de relaciones que estén basadas no en la jerarquía, el dominio o la superioridad, sino en la reciprocidad y la interdependencia¹², acogiendo y celebrando la diferencia y la biodiversidad¹³.

Sanar la relación entre los seres humanos y la de éstos con el cosmos es sanar nuestra relación con Dios, nuestra espiritualidad, pues estas tres relaciones están interconectadas. Estas tres relaciones han sido moldeadas según los presupuestos del patriarcado que ha llevado a concebirlas desde un dualismo jerárquico según el cual la humanidad es considerada como separada y por encima de la naturaleza; el hombre está separado y considerado más valioso que la mujer; y Dios aparece como un Dios totalmente alejado y desconectado del mundo¹⁴.

3.3. Crear espacios para cultivar la sabiduría y sanar nuestro mundo

Buscar la sabiduría es un ejercicio comunitario, lo mismo que la tarea de sanar nuestro mundo. En una situación de creciente individualismo y competencia, nosotras tenemos que estar alerta para no caer en las mismas trampas del sistema que muchas veces nos ofrece un crecimiento individual sin implicarnos seriamente en el crecimiento de las otras. Por eso es importante tomarnos más en serio el tema del acompañamiento y compartir los recursos que nos pueden ayudar a expandir la conciencia, a ensanchar nuestra interioridad. Una de las tareas que tenemos las mujeres es la de acompañar a otras mujeres en sus búsquedas y sus

dolores, sobre todo ver cómo acompañamos a las nuevas generaciones de mujeres, cómo estamos preparando el paso de la antorcha. Este acompañamiento tiene que ser una forma de solidaridad entre nosotras que se tiene que expresar en acompañar y estar a favor de mujeres concretas. También esto tiene que ver con la necesidad que tenemos de crear espacios donde estemos fuera del alcance de las manos posesivas que quieren atraparnos, espacios que no estropeen nuestra formación, nuestro proceso de convertirnos en mujeres portadoras de sabiduría.

La espiritualidad feminista nos empuja a fortalecer las relaciones de amistad y complicidad con otras mujeres, la sororidad, tratando de superar la lógica de la dominación y la rivalidad entre mujeres. Con esto no estamos partiendo de una concepción ingenua y romántica de la relación entre mujeres, sino que queremos invitar a estar al acecho de aquellos valores del patriarcado que muchas veces pueden destruir nuestros sueños y nos pueden llevar a gastar nuestras energías en luchas infructuosas en vez de implicarnos en aquellos proyectos de búsqueda conjunta del bienestar para todas. Hemos de tener presente que el patriarcado no sólo tiene que ver con el fenómeno del machismo basado en el poder masculino y la discriminación hacia las mujeres, sino que el patriarcado, además de la oposición entre el género masculino y el femenino, tiene como uno de sus pilares la ruptura entre las mismas mujeres, la rivalidad, la competencia por ocupar los espacios que nos asigna el sistema patriarcal.

Esto implica un cambio de nuestra visión y de nuestra percepción de las diferencias entre nosotras, así como también tener una mirada compasiva hacia los procesos de otras mujeres, pues ninguna de nosotras ha abierto los ojos de una sola vez ni se ha hecho feminista de la noche a la mañana. Una buena práctica para ayudar a prevenir cualquier tipo de arrogancia que se quiera infiltrar en nuestra vida es contemplar nuestro propio proceso como mujeres y a partir de ahí ayudarnos mutuamente a crecer y a madurar en nuestras opciones y nuestros compromisos.

4. La espiritualidad: sabiduría y fuente de empoderamiento

En muchas tradiciones religiosas y culturales de los pueblos indígenas es interesante notar que no se habla de espiritualidad ni mucho menos de teología, sino más bien de sabiduría. Creo que hoy es importante la recuperación del lenguaje de la sabiduría para hablar de espiritualidad, pues abre a un universo más amplio y facilita el diálogo con otras tradiciones religiosas, con otros pueblos y culturas. Además, ubicarnos en una perspectiva sapiencial nos ayuda a traspasar una concepción deformada de la espiritualidad como algo que atañe al cultivo del yo íntimo o a la relación individual con lo divino.

¿Por qué hablar de espiritualidad como sabiduría? La sabiduría se halla presente en el imaginario colectivo, en las tradiciones orales y en los escritos de todas las religiones y culturas conocidas. La sabiduría se caracteriza por su transculturalidad, internacionalidad e interreligiosidad¹⁵. Ella no es propiedad privada de nadie, tiene un carácter incluyente y democrático que abarca a todos y todas y que hoy estamos llamados a recuperar en nuestras prácticas cotidianas y políticas.

Como todas sabemos, sabiduría es una categoría de fuerte raigambre bíblica que ha sido redescubierta por la teología feminista, especialmente como una de las claves interpretativas de una cristología feminista liberadora. También hay que mencionar el dato de que en la tradición bíblica hay una estrecha afinidad entre *ruah* y *hokmah* (Espíritu y Sabiduría), siendo ambas expresiones femeninas usadas como símbolos de la actividad y la energía de Dios en su tarea de dar vida al mundo. La presencia universal de la Sabiduría es análoga a la del Espíritu¹⁶. La espiritualidad en cuanto vida según los impulsos de la *Ruah* es una vida sabia, una sabiduría. De hecho la espiritualidad de hombres y mujeres que en los siglos III y IV se van a vivir a los márgenes, al desierto como protesta ante una Iglesia que se instala y se oficializa es denominada como sabiduría de las Madres y Padres del Desierto¹⁷.

En la Biblia, la sabiduría, por lo general, no se abre a la especulación filosófica como en los griegos, ni estudia de manera ordenada los fenómenos del cosmos para dominarlos por medio de la técnica, como lo hace la ciencia moderna, sino que más bien la sabiduría se orienta a la comprensión de los misterios de la vida y a una relación de armonía con todo lo

creado. Por eso el campo peculiar de la sabiduría es la experiencia, la vida y su finalidad consiste en extraer de ella orientaciones prácticas sobre cómo vivir la justicia y la armonía entre los seres humanos y de estos con el conjunto del cosmos y con Dios. Una espiritualidad en clave de sabiduría nos hace vivir atentas a los gemidos de los pobres (Ex 3, 7-8) y a los gemidos de la creación (Rom 8, 22-26), articulando así la práctica de la ecojusticia que brota de la concepción de una relación no jerárquica entre todos los seres y de una conciencia de interdependencia entre todas las criaturas.

Otro elemento importante en una espiritualidad como sabiduría es la conexión entre todas, la creación y el fortalecimiento de las redes como capacidad de enlazar alternativas y de vivenciar la riqueza del entrecruce de sabidurías, la convocación de todas nuestras fuerzas y la capacidad de entrar en una dinámica de empoderamiento colectivo, la preocupación de que todas nos podamos sentar a la mesa a disfrutar el banquete de la sabiduría. No podemos olvidar que la sabiduría es sobre todo una búsqueda colectiva. No se puede ser sabia si no es buscando con otras, aprendiendo juntas, es decir, entrando en el círculo de la sabiduría en la que muchas otras personas están danzando. La sabiduría es poderosamente incluyente porque nos abarca a todas y todos, porque ella misma es capaz de conectar los hilos de distintas sabidurías.

Considerar la espiritualidad en términos sapienciales nos adentra en un proceso en el que vamos incluyendo las diferentes situaciones y experiencias que vivimos como parte de nuestro camino espiritual. Nosotras tenemos que sacar más partido a nuestras experiencias en medio de una sociedad en la que tenemos muchas vivencias y pocas experiencias. La experiencia es aquello de lo que aprendemos, lo que nos hace dar pasos, madurar en la vida. Vista así, la experiencia es una de las más poderosas fuentes de sabiduría y un lugar teológico clave, aunque en la historia de la teología éste es un elemento que apenas ha sido tomado en cuenta, especialmente si se trata de las experiencias de las mujeres. Es necesario que la espiritualidad feminista tome como su fuente todo el conjunto de la vida de las mujeres, integrando así la biografía personal y los procesos colectivos, las transformaciones que

hay que hacer en nuestra persona, en el seno de nuestras familias, comunidades y grupos y las transformaciones sociales de alcance global.

A la hora de concebir la espiritualidad como sabiduría hay que tomar en cuenta que la sabiduría está marcada por una cierta itinerancia y por la versatilidad; ella es más bien peregrina y callejera; es quien enseña y lo enseñado, es madre, maestra y amante; se manifiesta en los espacios abiertos, allí donde transcurre la vida pública, allí donde está el grito y el clamor por la vida. Así lo vemos en las tres apariciones públicas de la sabiduría en el libro de los Proverbios, en las que la sabiduría aparece: 1) Como predicadora callejera que muestra su indignación y habla con autoridad. Es una profetisa que proclama en el mercado y en las puertas de la ciudad un mensaje de denuncia y una promesa de futuro (Prov. 1, 20-33); 2) Alzando su voz y reclamando atención a sus palabras, presentándose con la autoridad de quien ha estado junto a Dios en los momentos vitales de la creación, como artesana y como criatura predilecta de Dios (Prov. 8, 22-31); 3) Como trabajadora de la construcción, carnícera, vinatera, mensajera de profetas y anfitriona. Ella ilumina, enseña y guía por el camino de la paz. En un gesto básico de cuidado de la vida, ella alimenta a sus hijos y a sus huéspedes, enviando a sus ayudantes a invitar a todas y todos a venir a celebrar un encuentro festivo¹⁸: *“La Sabiduría se ha edificado una casa, ha labrado siete columnas, ha matado sus reses, mezclado su vino y puesto la mesa, ha enviado a sus ayudantes a pregonarlo en los puntos que dominan la ciudad. “El que sea insensato que venga, al falta de juicio le quiero hablar. Venid a comer de mis manjares y beber el vino que he mezclado, dejad la inexperiencia y viviréis, seguid derechos el camino de la sabiduría”* (Prov. 9, 1-6).

5.La Sabiduría, la Mística y la Profecía se encuentran

Puesto que estamos planteando la espiritualidad en clave de sabiduría, quiero apelar a la conexión entre sabiduría, mística y profecía. Para ello vamos a recordar que una de las tareas de la sabiduría en la Biblia es hacernos amigas de Dios y profetas: *“En cada generación ella penetra en las almas buenas, haciéndolas amigas de Dios y profetas”* (Sab 7, 27).



Aparecen aquí dos elementos fundamentales desde el punto de vista de una espiritualidad feminista. Amistad y profecía. La experiencia de la amistad, de la comunión con Dios, es una de las expresiones más significativas de la experiencia mística. El símbolo de la amistad atraviesa toda la tradición espiritual cristiana, sin embargo, la relación de amistad con Dios ha sido vista en términos intimistas y privados, sin desplegar todo su alcance místico-político que nos lleva a descubrir el poder incluyente de la metáfora de la amistad, así como su fuerza político-transformadora. La amistad habla de nuestra capacidad relacional y dialogante que brota del carácter amistoso y dialogante de Dios que disfruta de nuestra compañía (Prov 8, 30-31) y que en Jesús, sabiduría encarnada, muestra la capacidad incluyente de su amistad que acoge a todas y todos, especialmente a quienes han sido descalificados a nivel social, moral y religioso.

Elizabeth Johnson y Sally McFague son dos de las teólogas que han puesto de relieve la fuerza incluyente de la imagen de la amistad, fijándose en que la amistad es la más libre, la menos posesiva de todas las relaciones humanas. La amistad es capaz de atravesar todas las fronteras: edad, sexo, raza, nacionalidad, credo y cualquier otro tipo de barreras. La amistad madura tiene un carácter inclusivo: es capaz de abrir su círculo para acoger, recrear y tender la mano a otra persona. Consolar a los abatidos, defender a los pobres o a la tierra con todas sus criaturas deterioradas, no son más que algunos ejemplos de la fuerza que puede desbordarse de esa relación¹⁹.

La sabiduría se muestra como la amiga y compañera del pueblo en los momentos duros, sabe acompañar de día y de noche, a través de las aguas caudalosas y del desierto (Sab 10,

17-18). La Sabiduría es la encargada de poner orden y armonía tanto en el universo como en la vida social. Ella hace nuevas todas las cosas y al final, ella triunfará sobre el mal porque *“a la Sabiduría no la puede el mal”* (Sab 7, 29-30).

La sabiduría nos lleva más allá de las distintas fronteras que solemos establecer y nos va enseñando a nutrirnos críticamente tanto del ámbito de lo público como de lo privado. De este modo, el esquema dualista que establece fronteras entre espacios queda demolido, pues la sabiduría nos lanza a entretrejer lo cotidiano con lo político, lo doméstico con lo público, la acción y la contemplación, la interioridad con la exterioridad.

5.1. Ser amigas de Dios

Ser amigas de Dios no se contrapone a ser profetas, sino que como se ha hecho patente a lo largo de la historia de la humanidad, las personas místicas son proféticas y las profetas son místicas. La mayoría de las grandes contemplativas y contemplativos son, por lo general, las personas más activas y más radicalmente implicadas en la transformación de su entorno. Y muchas de las personas que mantienen una militancia activa, un compromiso serio con la justicia y la causa de los excluidos, suelen ser personas profundamente contemplativas, esperanzadas, con visión de futuro. Este dato cuestiona los dualismos y las separaciones que muchas veces hacemos entre acción y contemplación, entre mística y profecía.

Pero a la palabra mística tenemos que descontaminarla, pues le hemos quitado esa dimensión sospechosa y peligrosa que siempre tuvo la mística para el orden establecido. A lo largo de la historia, la mística fue vista con sospecha porque ella desata nuestro espíritu y nos va llevando vivir como personas sin ataduras. Siempre ha habido una lucha entre ortodoxia y mística, entre la tendencia a controlar mediante normas y la tendencia hacia aquello que nos libera. Recordemos que a lo largo de la historia, muchas personas místicas han sido perseguidas, marginadas, quemadas (como sucedió a tantas mujeres durante la Edad Media) y quienes sobrevivieron a ser quemadas/os, estuvieron bajo sospecha por parte de la jerarquía eclesial o de las instituciones. Otra forma de perseguir a místicas y místicos funcionó al estilo de los asesinos silenciosos, quitándole su

dimensión crítica y su búsqueda de una vida de libertad evangélica. Así, se dio una domesticación de las experiencias místicas, reduciendo éstas a lo piadoso y lo extático, despojándolas del carácter profético propio de cualquier auténtica experiencia de Dios. Hasta el vocabulario mismo de la mística ha sido domesticado, reduciendo la mística a fenómenos raros y a visiones, cuando la experiencia mística no consiste en tener visiones, sino en tener visión. Muchos de los autores que hoy día reflexionan sobre la mística apuntan en esta dirección: *“La experiencia mística no consiste tanto en tener visiones extraordinarias como en tener una visión nueva de toda la realidad”*²⁰, una visión alternativa, una visión de futuro.

El término “mística” está relacionado con el término “misterio”. La mística tiene que ver con la experiencia del misterio que envuelve toda nuestra vida; es la percepción de que todo está habitado por Dios, que su huella está de algún modo en todas las cosas y en todas las criaturas. La mística es anterior a la misma fe y se alimenta de la capacidad de asombrarnos y respetar el misterio de la vida en todas sus manifestaciones. La mística es tomarnos en serio lo que significa la libertad evangélica como el secreto de la vida espiritual. La afirmación central del último libro del teólogo dominico de Sudáfrica Albert Nolan es que la espiritualidad de Jesús es una espiritualidad de libertad radical que se toma en serio a Dios y al tiempo que le tocó vivir²¹. Las personas místicas resultan peligrosas por su libertad y su hondura; ellas se sitúan en los márgenes, en la frontera y no en el centro del poder socio-económico, político o religioso. Los místicos y místicas son personas incómodas, que desestabilizan y llevan un estilo de vida que cuestiona las instituciones y lo establecido como normal. Un nuevo estilo de ser mujer, de construir una sociedad en la que todas y todos quepamos no sólo será posible si fortalecemos y renovamos las raíces que nos sostienen y nos inspiran, es decir, la mística.

Necesitamos recuperar la experiencia mística como fuente de nuestro compromiso, de nuestra misión y también como el derecho que todas tenemos a una vida profunda. La mística no es terreno privilegiado de algunas personas especiales, sino de todo ser humano que se abre al Misterio de Dios. Sin caer en trivializar las cosas, podemos decir con R. Panikkar que

todas somos místicas, aunque sea en potencia, porque todas tenemos nostalgia de una vida en plenitud, de vivir como personas unificadas con todo, con todas y todos y con el Todo, tenemos sed de integrar todas esas dimensiones de nuestra vida que muchas veces están fragmentadas y desordenadas. La mística es el terreno de la coherencia, es la columna vertebral de nuestras opciones, es lo que nos sostiene y nos hace ir más allá de nuestros límites y más allá de nuestros cálculos; sacude el nido cómodo en que muchas veces nos queremos quedar instaladas; deshace nuestro miedo al cambio y a lanzarnos a experiencias nuevas.

5.2. Ser profetisas

Una profetisa es ante todo una buena intérprete de la realidad, una buena lectora de los signos de los tiempos, de lo que estamos viviendo en nuestro mundo. Pero es importante ser consciente de qué lentes nos ponemos para hacer esa lectura de la realidad. Esos lentes con que miramos la realidad necesitan, en mi opinión y desde mis preocupaciones vitales y teológico-pastorales, estas características: la clave de la liberación, la perspectiva de los pobres y la conciencia feminista.

Otro aspecto importante a recordar en el ejercicio de nuestra profecía es que toda persona profeta es soñadora, alguien capaz de generar esperanza, de seguir creyendo en las utopías. Desde esa convicción es capaz de generar alternativas, de dinamizar la vida de otras personas y grupos, de inspirar y acompañar las luchas de las mujeres. Pero desde una perspectiva místico-profética hay que decir que profeta no es sólo quien genera alternativas, sino quien además vive alternativamente. Lo más típico de toda profeta es ser una persona alternativa, llevar un estilo de vida a contracorriente, que en sus prácticas y decisiones cotidianas y públicas no se deja arrastrar por los encantos y trampas del sistema. De aquí que tengamos que decir que la primera palabra profética que nos toca proclamar hoy tiene que ser dicha con nuestra propia vida, empezando a vivir en nuestra casa aquello que soñamos para nuestro mundo, pues como dice Joan Chittister, *“lo que no cultivamos dentro de nosotras no puede existir en el mundo que nos rodea porque somos un microcosmos”*²².

Otro elemento importante en el ejercicio de nuestra profecía como mujeres es el recurso a los gestos, a las acciones simbólicas. En momentos importantes, cuando parece que el lenguaje normal se queda corto, los profetas en la Biblia recurren a acciones simbólicas, pero cargadas de significado. Jesús seguirá esta perspectiva profética y anunciará el reino a través de acciones simbólicas.

Finalmente, hay que decir que una espiritualidad feminista exige de nosotras hoy la capacidad de unirnos para la profecía, ejercer la profecía no como francotiradoras, sino desde una conciencia comunitaria. En estos tiempos de globalización, se nos exige pensar seriamente en salidas colectivas, en fortalecer nuestras redes, en crecer en nuestro espíritu de comunión y de capacidad de caminar juntas desde la riqueza de nuestra diversidad.

Notas

1. Esta es la primera parte de la conferencia que impartió la autora en el XVII Encuentro de Mujeres y Teología (Santander, 24-26 octubre, 2008). La segunda parte se publicará en el próximo número.

2. J. CHITTISTER, *La vida iluminada*, Santander, Sal Terrae, 2001, 106.

3. Cfr. E. SCHÜSSLER FIORENZA, *Los caminos de la Sabiduría. Una introducción a la interpretación feminista de la Biblia*, Sal Terrae, Santander, 2004, 145.

4. D. SÖLLE, *The Silent Cry. Mysticism and resistance*, Minneapolis, Fortress Press, 2001, 47-48.

5. Cfr. E. SCHÜSSLER FIORENZA, *Los caminos de la Sabiduría...*, 11.

6. La expresión "espiritualidad *light*" y "espiritualidad *hard*" la usó Lucía Ramón en el Seminario Presencial de EFETA, Sevilla 10-12-2008.

7. Respecto a la autoridad alternativa o del compañerismo, véase el libro de L. RUSSELL, *Bajo un techo de libertad. La autoridad en la teología feminista*, DEI, Costa Rica, 1997.

8. Véase la carta del jefe indio de Seattle Noah Sealth, escrita al Gobierno norteamericano en 1854. Disponible en: <http://www.guelaya.org/textos/jefe%20indio.htm>.

9. Cfr. M.P. AQUINO, *Nuestro clamor por la vida: Teología latinoamericana desde la perspectiva de la mujer*, San José, DEI, 1992, 112-117; I. GEBARA, *Teología a ritmo de mujer*, Madrid, San Pablo, 1995, 50.

10. Cfr. M.P. AQUINO, *Nuestro clamor por la vida...*, 118-124.

11. Cfr. E. JOHNSON, *La masculinidad de Cristo*, Concilium 238 (1991)492-494.

12. Cfr. M. GIBLIN, *Dualism*, en: L. RUSSELL – J. CLARSON, *Dictionary of Feminist Theologies*, Louisville, Kentucky, Westminster John Knox Press, 1996, 74.

13. Cfr. I. GEBARA, *Intuiciones ecofeministas: ensayo para repensar el conocimiento y la religión*, Madrid, Trotta, 2000, 120.

14. E. JOHNSON, *Women, Earth, and Creator Spirit*, New York, Paulist Press, 1993, 10-22.

15. Cfr. E. SCHÜSSLER FIORENZA, *Los caminos de la Sabiduría...*, 39.

16. Cfr. E. JOHNSON, *La Que Es: El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Barcelona, Herder, 2002, 130.

17. Este año se ha publicado una colección de textos de las Madres del Desierto que durante siglos permanecieron ocultos y olvidados. En ellos se nos presenta la sabia y profunda espiritualidad de estas mujeres que entre los siglos III y IV vivieron un seguimiento radical del evangelio (Cfr. M. BAGIN/A. THIERMEYER, *Metéicon: la sabiduría de las Madres del desierto*, Claret, Barcelona, 2008).

18. Estos comentarios sobre la Sabiduría en Proverbios los tomamos de E. JOHNSON, *La Que Es: El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Barcelona, Herder, 2002, 123.

19. Cfr. E. JOHNSON, *La Que Es: El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Barcelona, Herder, 2002, 300; S. MCFAGUE, *Modelos de Dios: Teología para una era ecológica y nuclear*, Santander, Sal Terrae, 1994, 272-273.

20. B. GONZÁLEZ BUELTA, "*Ver o perecer*". *Mística de ojos abiertos*, Santander, Sal Terrae, 2006, 63.

21. Cfr. A. NOLAN, *Jesús hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, Santander, Sal Terrae, 2007.

22. JOAN CHITTISTER, *La vida iluminada*, Santander, Sal Terrae, 2000, 30.